

“Para que me guste un libro tiene que ser mío”: Álvaro Cepeda Samudio o las lecturas de un barranquillero universal

Gabriel Samacá Alonso y Julián Velasco Pedraza

Entre la leyenda del genio individual y el desconocimiento abrumador de las nuevas generaciones, la figura de Álvaro Cepeda Samudio (1926-1972) vuelve una y otra vez como tema de la cultura caribe. ¿Qué podría decirse de diferente a lo que, con magistral destreza y conocimiento de causa, escribieron autores como Gabriel García Márquez y Daniel Samper Pizano, o investigadores como Jacques Gillard, Fabio Rodríguez o Claudine Bancelin? Desde luego, el listado de estudiosos de la obra de Cepeda Samudio excede, con creces, estos nombres. Españoles, ingleses, italianos, uruguayos, estadounidenses y decenas de colombianos han levantado la mano para dar cuenta de alguna faceta de este barranquillero universal. Sobre sus hombros, es posible una nueva entrada al universo *cepedosamudiano*, como bien podría entenderse su obra, para invitar al lector a una inmersión en el mundo de sus libros y lecturas que reposan en la Universidad del Norte.

Disperso o versátil, a lo largo de su corta e intensa vida este personaje desempeñó distintas y variadas tareas relacionadas con el mundo de la escritura. De acuerdo con Daniel Samper Pizano, el *cabellón*, como lo llamaban algunos amigos por su frondosa melena, fue: “periodista, poeta, cuentista, novelista, compositor de pocas canciones, publicista, guionista, director de cine” y traductor, entre muchas cosas más. Las inquietudes culturales lo condujeron a ser, además de cinéfilo, actor, productor y director de cine. También desempeñó labores como creativo y ejecutivo de uno de los principales grupos empresariales del país. De estas múltiples facetas, emergen interrogantes por la relación que Cepeda Samudio sostuvo con los libros y, por qué no, las lecturas que realizó durante su vida, ya fuese en Ciénaga (Magdalena), su Barranquilla natal y las diferentes ciudades que frecuentó en Estados Unidos.

Como lo ha señalado Jacques Gillard, uno de los principales conocedores de la vida y obra de Cepeda, en estos lugares se fraguaron las preocupaciones y obsesiones que acompañaron su labor intelectual. Junto a los testimonios de amigos y familiares, obras como *Un cuento para Saroyan*, -escritor norteamericano de origen armenio que le impactó tempranamente-, dejan ver la manera en que Cepeda Samudio tejió una particular relación con los libros. En la historia, un joven estudiante de periodismo y literatura, que bien podría ser él mismo, reúne afanosamente unos dólares para comprar un libro sin el que no podrá entrar a clases. Sin embargo, gracias a una amiga que trabajaba en una librería, cambió su decisión por un libro del escritor estadounidense. En el cuento podemos advertir el entusiasmo de un naciente amante de los libros que no cesa de contarle a sus amigos la fascinación por los hallazgos literarios.

La necesidad de contar con ese objeto impreso y tenerlo para sí, además de convertirse en el portador de novedades también, puede rastrearse en el trato cotidiano e íntimo del hogar. De ello da cuenta su esposa, doña Teresa Manotas de Cepeda, más conocida como Tita Cepeda, al recordar la manera como inquirió por

el contenido de la biblioteca de su padre cuando apenas se estaban conociendo. Tiempo después, ya como pareja, Tita recuerda cómo llegaba Álvaro con títulos desconocidos para la Colombia de la época, como sucedió con *Bestiario* de Julio Cortázar. Entre sus días en Estados Unidos y el hogar con su esposa en Barranquilla, Cepeda Samudio confirmó cotidianamente su espíritu de bibliófilo con sus amigos de bohemia que conformarían el famoso Grupo de Barranquilla. Conocidas son las referencias que hablan de que fue él quien le presentó a Gabriel García Márquez autores de renombre como William Faulkner, Ernest Hemingway o Virginia Woolf.

Pero, ¿cuál podía ser el propósito de atesorar y compartir libros con sus seres queridos? De entrada, el objetivo principal y más evidente fue el de leer para escribir. Mucho se ha comentado de la *influencia* que tuvieron en su obra diferentes tradiciones literarias, desde la clásica española donde Azorín ocupó un lugar destacado, hasta la más vanguardista narrativa norteamericana y europea de mediados del siglo pasado. A través de sus ingentes lecturas Cepeda Samudio se hizo un escritor polifacético que incorporaba temas, recursos y técnicas de diferentes contextos literarios. En sus propias palabras: “[...] el estilo es eso precisamente: las influencias recibidas por el escritor en sus lecturas favoritas, más la personalidad del escritor.” Junto a la literatura que devoró incesantemente, Jacques Gillard destacó la importancia de la lectura de la prensa de su época, traslucida en sus centenares de columnas de opinión y reportajes, con los cuales abrió el mundo a sus conciudadanos del Caribe colombiano.

Al igual que el personaje del cuento dedicado a Saroyan, su autor desarrolló el gusto por coleccionar libros. ¿Cuándo comenzó a formar su biblioteca privada? ¿Qué dimensiones alcanzó la colección hasta el día de su temprana muerte? Algunas personas cercanas sugieren que su colección particular llegó a más de cinco mil volúmenes para los que no fue suficiente el espacio reservado en las bibliotecas de la casa ubicada en el barrio El Prado. Por el contrario, los nuevos títulos debieron ser acomodados en mesas, sillas, el suelo y hasta una nevera desvencijada que sirvió de librero. La variedad y calidad de los títulos acopiados resaltaba a primera vista. Según Ramón Bacca, en alguna visita que realizó a su casa pudo ver en los anaqueles “[...] los clásicos españoles, la generación del 98, algunas curiosidades, varias ediciones en inglés del *Ulises*, lo último que se publicaba en Latinoamérica”. Allí se incluían algunos títulos dedicados por sus autores como los mexicanos José Emilio Pacheco y Sergio Pitlor, por mencionar solamente dos nombres destacados.

Gracias a la generosidad y confianza de doña Tita Manotas, la Biblioteca Karl C. Parrish Jr. tiene el privilegio de contar con el fondo bibliográfico más importante para estudiar la vida intelectual del Nene Cepeda. A pesar de las vicisitudes por los que pasan los libros, la Colección “Álvaro Cepeda Samudio” contiene alrededor de 2.500 volúmenes. En ella se remarca un vívido interés de su propietario por la literatura de habla inglesa, especialmente aquella del siglo XX, y que Cepeda disfrutó y estudió en su idioma original. Al lado de Faulkner, Caldwell, Steinbeck, Dickens, Capote, Joyce y el mencionado Saroyan, podemos encontrar reconocidos escritores españoles y latinoamericanos como Alberti, Unamuno, Cortázar y Vargas Llosa, por citar unos cuantos. Cepeda Samudio

también desarrolló un gusto especial por el teatro. Entre los grandes dramaturgos que compartieron sus repisas estaban clásicos como Eurípides y Sófocles, modernos como Shakespeare y contemporáneos como Shaw, Dürrenmatt y Brecht.

La “alucinante maestría” de la que habló Héctor Rojas Erazo cuando apareció *Todos estábamos a la espera* (1954), su primer libro de cuentos, se fundó en el hambre voraz por el cuento, la novela y el teatro de diferentes rincones del mundo. No obstante, fue la narrativa norteamericana de mediados del siglo pasado, desplegada en el periodismo y la literatura, la que marcará a Cepeda como lo atestiguan centenares de obras que reposan en su biblioteca. La necesidad de dar cuenta de las más disímiles realidades también implicó un acercamiento al mundo cinematográfico, atracción que asumió con profundidad a partir de ingentes lecturas. En la colección encontramos análisis críticos y guías del cine norteamericano, mexicano, francés, británico, e incluso de directores escasamente conocidos en el país como Akira Kurosawa. Asimismo, figuran guiones para cine o manuales de teoría y técnica del séptimo arte. La historia del cine está presente tanto como variados textos sobre Hollywood, sus directores y sus estrellas. Finalmente, el Nene dio cabida a algunos autores centrales del pensamiento social y político moderno, así como de la historia nacional.

Como dijera el rector de la Universidad del Norte al recibir la biblioteca de Cepeda Samudio, los interesados en conocer y profundizar en su trayectoria intelectual cuentan con una fuente de incalculable valor. A partir de ella podremos rastrear varias de sus preocupaciones e intereses. Desde los años cuarenta, el Nene insistió en la necesidad de una literatura urbana para un país en tránsito de abandonar la vida provinciana, desentrañar las realidades de la Costa profunda y defender los intereses del Caribe colombiano. Apoyado en sus libros no ahorró críticas a ciertas actitudes y decisiones que se tomaban en el interior del país, la mala literatura y todo aquello que consideraba que podía ser mejor. El estudio de sus libros también aportará nuevos elementos para comprender el proceso de aprendizaje que experimentó como escritor. Afortunadamente para nosotros, como el protagonista de *Un cuento para Saroyan*, a lo largo de su vida Cepeda Samudio practicó la máxima del personaje: “Para que me guste un libro tiene que ser mío”. He allí el principio fundante de su biblioteca privada a nuestro alcance.